



Si alguna vez te has acercado a la Biblia y te has encontrado con los cuatro Evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— quizá hayas sentido cierta confusión: “¿Por qué cuatro relatos? ¿No dicen todos lo mismo?” Esta pregunta es más común de lo que parece, y su respuesta no solo es fascinante desde el punto de vista histórico, sino que también es profundamente teológica y pastoral. Los cuatro Evangelios no son una repetición monótona; cada uno ofrece un rostro único de Jesucristo y un mensaje adaptado a distintas realidades humanas y espirituales.

1. La historia detrás de los Evangelios

Los Evangelios son relatos escritos por distintos autores entre los años 60 y 100 d.C., aproximadamente treinta o cuarenta años después de la muerte y resurrección de Cristo. Cada evangelista tenía un propósito específico y un público particular:

- **San Mateo**, escribiendo hacia el año 70 d.C., se dirige principalmente a los judíos conversos. Su Evangelio presenta a Jesús como el Mesías prometido en el Antiguo Testamento, haciendo constantes referencias a profecías cumplidas: “*Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta*” (Mateo 1,22). Mateo quiere mostrar que Cristo no es solo un maestro, sino el cumplimiento de las esperanzas de Israel.
- **San Marcos**, probablemente el primero en escribirse, alrededor del año 60-65 d.C., se centra en la acción de Jesús. Es el Evangelio más breve y dinámico, pensado para cristianos que enfrentaban persecución en Roma. Marcos presenta a un Jesús que sufre, que se entrega por amor, enfatizando la realidad de la Cruz.
- **San Lucas**, médico y compañero de San Pablo, escribe hacia el 80-85 d.C., con un público predominantemente gentíl. Lucas destaca la misericordia y la universalidad del mensaje de Cristo: los pobres, los marginados, las mujeres y los extranjeros encuentran un lugar central en su relato. Aquí vemos el corazón pastoral del Evangelio: “*Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor*” (Lucas 2,14).
- **San Juan**, el más tardío (alrededor del año 90-100 d.C.), ofrece un Evangelio profundamente teológico. Juan no busca narrar hechos cronológicos, sino revelar la identidad divina de Jesús: el Verbo hecho carne, el Hijo de Dios que trae vida y luz. Su mensaje está impregnado de contemplación y profundidad espiritual: “*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria*” (Juan 1,14).

Cada evangelista, por lo tanto, escribe no para competir entre sí, sino para complementar



una comprensión más rica de Jesús.

2. Diferentes perspectivas, un mismo mensaje

Aunque los cuatro Evangelios relatan la vida, muerte y resurrección de Jesús, lo hacen desde perspectivas distintas. Es como mirar un mismo paisaje desde cuatro ángulos diferentes: cada vista revela matices que el otro no muestra.

- **Mateo** enfatiza la enseñanza de Jesús como cumplimiento de la Ley y las profecías.
- **Marcos** nos recuerda el sufrimiento y la entrega radical de Cristo.
- **Lucas** pone el acento en la compasión y la inclusión.
- **Juan** nos invita a la contemplación y a la fe profunda en la divinidad de Jesús.

Este enfoque múltiple tiene un valor pastoral y práctico: nos permite acercarnos a Cristo de maneras que se ajusten a nuestra vida y a nuestro contexto. Un creyente puede sentirse identificado con el Jesús misericordioso de Lucas, mientras que otro se conmueve con el Jesús que sufre de Marcos, o se inspira en el Cristo maestro de Mateo y el divino de Juan.

3. ¿Hay uno más valioso que otro?

Desde el punto de vista teológico, ningún Evangelio es “superior” a otro. La Iglesia Católica los acepta todos como **Palabra de Dios inspirada**, y juntos forman un mosaico completo de la vida y misión de Jesús. Sin embargo, sí podemos notar que cada uno tiene un énfasis distinto que puede ser más útil según la necesidad espiritual del lector:

- Si buscas comprensión doctrinal y cumplimiento de la promesa de Dios, **Mateo** es esencial.
- Si necesitas fortaleza para la perseverancia en medio del sufrimiento, **Marcos** es inspirador.
- Si deseas acercarte al corazón misericordioso de Dios, **Lucas** es guía.
- Si buscas una relación profunda y contemplativa con Cristo, **Juan** es insustituible.

Es como una sinfonía: cada instrumento tiene su momento, y juntos crean armonía perfecta. Separados, pierden riqueza; unidos, nos revelan la plenitud de Cristo.



4. Aplicación práctica en nuestra vida diaria

Comprender que hay cuatro Evangelios no es solo un ejercicio intelectual, sino una invitación a vivir más cerca de Cristo:

1. **Multiplicidad de miradas:** Así como los Evangelios ofrecen diferentes ángulos de Jesús, podemos aprender a mirar nuestra propia vida desde varias perspectivas: justicia, misericordia, amor y fe profunda.
2. **Identificación personal:** Cada persona puede acercarse a un Evangelio que toque su corazón. Esto permite un camino espiritual más personalizado, sin perder la unidad del mensaje cristiano.
3. **Diálogo y comunidad:** Leer los cuatro Evangelios en comunidad nos enseña a valorar la diversidad de experiencias dentro de la Iglesia y a reconocer que cada hermano y hermana puede tener una relación única con Cristo.
4. **Oración y meditación:** El Evangelio de Juan, por ejemplo, nos invita a la contemplación y la oración profunda; Lucas nos llama a la acción compasiva; Mateo nos orienta hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios en nuestras acciones; Marcos nos fortalece ante el sufrimiento y la entrega.

5. Conclusión

Los cuatro Evangelios no son repetitivos; son complementarios. Cada uno nos permite conocer a Jesús desde distintos matices, como un diamante que brilla con muchos reflejos. Reconocer esto nos enseña una lección fundamental: **la verdad de Dios es rica y multifacética**, y nuestro camino de fe también puede serlo. Al leerlos con atención, oración y apertura, encontramos no solo información histórica, sino guía espiritual, inspiración para la vida cotidiana y un encuentro más profundo con Cristo.

Como dice San Pablo: *“Todas las Escrituras son inspiradas por Dios y útiles para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia”* (2 Timoteo 3,16). Leer los cuatro Evangelios nos permite vivir esta enseñanza de manera completa, integrando sabiduría, fe, compasión y contemplación en cada aspecto de nuestra vida.